

# LA MUJER

PERIODICO SEMANAL

HISTORIA, POLITICA, LITERATURA, ARTES, LOCALIDAD

OFICINA:— IMPRENTA DE LA LIBRERIA DEL MERCURIO, CALLE DE MORANDÉ, 38.

AÑO I.

SANTIAGO, AGOSTO 13 DE 1877.

NUM. 13

## REDACTORA.

Señora Lucrecia Undurraga, viuda de Somarriva.

## COLABORADORAS.

### SANTIAGO.

Señora Mercedes Rogers de Herrera  
" Enriqueta Calvo de Vera  
" Isabel Le-Brun de Pinochet  
" Mercedes A. Latorre, viuda de G.  
S Enriqueta Solar Undurraga  
Victoria Cueto  
Elvira Meneses  
Elisa Charlo  
" Antonia Tarragó  
" Rosa Z. Gonzalez

### VALPARAISO.

Señora Rosario Orrego de Chacon  
" Eduvijis Casanova de Polanco  
Sta. Rejina Uribe Orrego  
" Anjela Uribe Orrego  
" Dolores L. de Guevara  
" Adela Anguita

### SAN FELIPE.

Señora Aurora Baratoux de Arrieta  
Sta. Enriqueta Courbis

### SERENA.

Señora Mercedes Cervelló

### TALCA.

Sta. Emilia Lisboa

### CURICO.

Sta. Carolina Olmedo

### CHILLAN.

Señora Mercedes Maira de Moreno  
Sta. Ercilia Gaete

### RENGO.

Señora Clara Luisa Arriarán

### COPIAPO.

Sta. Isabel Randolph  
" Delfina María Hidalgo

### TALCAHUANO.

Sta. María Luisa Cerna

SUMARIO.—1.º Editorial por la señora Lucrecia Undurraga, v. de S.—2.º Instrucción de la mujer en Suecia, traducción del francés la señorita Elvira Meneses R.—3.º A una mariposa, poesía, por la señorita Delfina María Hidalgo.—4.º A un mendigo (improvisación), poesía, por id.—5.º A mi mamá en el día de su santo, poesía, por la señorita Mercedes Claro Solar.—6.º Revista de la Semana, por Safo.—7.º Revista de Modas.—8.º El sombrero de Bolívar.—9.º Oríjen de algunas flores.

## LA MUJER.

### LA MUJER DEBE SER ILUSTRADA,

QUALQUIERA QUE SEA EL ROL QUE SE LE SEÑALE EN LA SOCIEDAD.

I no se diga que vengo a sostener aquí teorías peligrosas. Tengo derecho para denunciar a mi país la ignorancia que aun se tolera i permite con grande escándalo i peligro de todos

JULIO FAVRE)

V.

La mujer emancipada por la lei tal como existe actualmente entre nosotros, abraza diferentes faces. Tócanos hoi considerar una de estas faces: la viuda.

Amargo llanto baña su semblante, fúnebres crespones la envuelven, i la soledad mustia i callada de la ausencia eterna hiela su atribulado corazón.

Sus doloridos hijos se apiñan a su lado,

oprimidos cruelmente por la triste i fria orfandad.

El inmenso claro que la silenciosa moradora de los sepulcros acaba de abrir en ese compacto grupo que constituye una familia, los sobrecoje de dolor en el presente i los espanta para el porvenir.

Ha soplado el helado cierzo, i el robusto tronco, apoyo de la débil yedra i del tierno retoño, rueda por el suelo destrozado.

La autorizada voz que todo lo dirijia, que sabia ordenarlo todo, héla aquí muda.

La incansable actividad que rodeaba de solícitos cuidados a la madre i al hijo, que ejercia en el hogar el dulce ministerio de compañero i dueño, que atendia con esmero a las infinitas necesidades de la vida material de los seres cobijados bajo su amparo, héla aquí paralizada.

¿I quién deberá reemplazar esta suma de bienes perdidos?—Ella!

Sí; la mujer está llamada por la costumbre i la lei a ser en adelante el jefe de la desolada familia.

Llegamos a la situación mas grave i espinosa que le es dado afrontar a la mujer.

Segun las circunstancias especiales de bienestar que rodeen esta situación, será mas o ménos complicada, mas o ménos amarga; pero nadie tendrá el poder de arrebatárles sus dificultades.

Se somete a la mujer a una transición demasiado violenta: la sierva de ayer pasa de un solo golpe a ser la señora de hoy: ayer obedecía, generalmente sin darse cuenta del mandato, se le había educado con este fin único, al parecer, i hoy **debe mandar**.

Esto la turba profundamente. Nada ni nadie la han preparado para este caso.

Su confusión aumenta mientras más avanza en su nueva dignidad.

Siente sobre sus débiles hombros un enorme peso que la abrumba: a cada paso se le presenta la necesidad de tomar resoluciones de alta trascendencia, ya respecto a la dicha futura de sus hijos, ya respecto a la fortuna pecuniaria de la familia, negocios para los cuales se requiere conocimientos teóricos i prácticos, de que ella carece absolutamente.

¿Acudirá al consejo ajeno? Esta medida salvadora, si se quiere, en muchas ocasiones, se torna peligrosa mayor número de veces.

Ejemplos diarios nos patentizan esta verdad.

El conflicto crece.

Llega, por fin, para la viuda el momento de preguntarse, sorprendida en medio de su natural perplejidad: ¿Cómo no han previsto este escollo los que me han colocado en la posibilidad de chocar con él?

Esta pregunta es de una admirable lógica.

Buscando nosotras una solución, repetimos dolorosamente contristadas: ¿Cómo es que se trata con tanta indolencia, cuando no con hostilidad, la educación superior de la mujer, que es la que debe suministrarle la suficiente luz para guiarse en medio del tenebroso caos en que el fiero destino, como vemos, puede arrojarla el mejor día? Por qué error funesto se descuida i se cree casi inútil para la mujer lo que para el hombre se conceptúa indispensable, si (lo venimos demostrando) se encuentra aquella con harta dolorosa frecuencia en la necesidad de dominar las mismas situaciones que éste?

I, todavía hai infinitos que dicen, con una sonrisa suavemente despreciativa en presencia del descalabro i ruina de una familia:—"No podía esperarse otra cosa desde que esa familia ha quedado en poder de una mujer!"

¡Ah! reflexionad, egoistas, reflexionad! Vosotros gozais de todos los privilejios: sois los directores de la sociedad, disponeis de una libertad de acción ilimitada, la que os hace adquirir el conocimiento práctico de la vida,—ciencia que casi es bastante por sí sola para manejarse con acierto en cualquiera emergencia; i despues, teneis solo

el trabajo de alargar la mano para alcanzar una ilustración que se tiene el solícito cuidado de perfeccionar cada día.

¿I quereis que la mujer, alejada de todos los centros de movimiento por las costumbres i las necesidades, que la relegan en el hogar, incapacitada para comprender i penetrar de lejos, por la ignorancia que estrecha espantosamente su facultad de pensar; quereis, decimos, que la mujer realice en un momento dado el **fiat lux** de los libros sagrados?

Dejad de ser ciegos injustos, i lejos de combatir la ilustración de la mujer, trabajad por ella.

Así daremos a la mujer el poder de alcanzar el encumbrado ideal que encierra este bello aforismo de Goethe:—La mujer de más mérito es la que reemplaza dignamente a su marido cuando éste deja de existir.

En el "Chacabuco" del 2 del presente, periódico que se publica en San Felipe, encontramos algunas líneas que nos conciernen i que, por la gravedad de los cargos que ellas envuelven, nos ha parecido deber nuestro contestar.

No comprendemos cómo un artículo copiado por "La Mujer" de un periódico de Constitución i firmado por un señor Tasso, pueda haber autorizado al "Chacabuco" para suponer nos la audaz temeridad de querer tomar un tono **agresivo, batallador**.

Lo hemos asegurado ya i lo repetimos hoy: no entra en nuestro ánimo ni en nuestras miras más avanzadas, tomar este tono en ningún caso.

En cuanto al artículo del señor Tasso, creemos que tampoco merece la filípica que sobre él lanza el "Chacabuco". El acápite copiado por este último, tiene una sencilla explicación que tal vez el periódico sanfelipeño no ha podido darle por no ser **santiaguino**: quizá no ha llegado a su noticia que "La Mujer" ha sido censurada en sus propósitos i en sus fines desde la cátedra sagrada, apenas apareció su prospecto; censura que nos atrevemos a calificar de prematura, por lo ménos; opinión de que llegamos hasta esperar participe el "Chacabuco".

Siguiendo aun a este periódico, nos complacemos en reconocer los beneficios que la educación en jeneral de nuestro país debe al clero: solo creemos que por lo que hace a la mujer, ha llegado el momento de ensancharla poderosamente. I ¡quién sabe! tal vez arrastradas por nuestro ardor de convencidas, parecen que hoy no se apresurarán por conseguir este

merece una decidida proteccion, que no dudamos sabrá pres-  
tarle nuestro público, aficionado a las buenas representacio-  
nes dramáticas.

SARO.

## REVISTA DE MODAS.

(De la "Moda Elegante").

Paris, 24 de mayo.

Para una persona que no esté mui familiarizada con el jé-  
nero inventivo i caprichoso de nuestras hábiles modistas, el  
traje actual parece un problema insoluble, miéntras que en  
realidad, la mayor parte de las veces no es sino el resultado  
de una combinacion naturalísima.

Los diferentes modos de confeccionar «un traje princesa»  
—la palabra vestido no se emplea ya aplicada a esta forma—  
son hoi bastante complicados, i desde el momento en que no  
quiere una contentarse con la línea primitiva, puede hallar en  
el corte mismo del patron abundantes elementos de variedad,  
sin contar con que la mezcla de las telas viene a aportar su  
continente de recursos.

Conocidas son de mis lectoras todas las ventajas que pue-  
den sacarse, en esta materia, de la cola añadida, de la enagua  
figurada, etc., etc. Véanse a continuacion algunas nuevas dis-  
posiciones que dejan el campo libre a la imaginacion i quitan  
a la forma princesa algo de esa severidad de líneas que cons-  
tituye su carácter.

Todas mis lectoras deben saber que el modelo mas emplea-  
do en este jénero, el que mejor se presta a todos los capri-  
chos de la fantasia, se compone de diez trozos o piezas, o sean  
dos para cada una de las siguientes partes del traje: medio  
de delante, lado de delante, lado de la espalda, espalda, medio  
de la espalda. La prolongacion de una o varias de estas pie-  
zas, su independencía (a partir del busto), su anchura mas o  
ménos acentuada, son otros tantos medios que se emplean  
para llegar a obtener nuevos resultados. Las que no son par-  
tidarias de la regularidad i a quienes cansa la simetría, se re-  
servan el sistema caprichoso para la mitad del vestido, en la  
cual emplean todos los recursos de la imaginacion, i la mitad  
opuesta conserva una sencillez relativa. De ese modo se llega  
a producir efectos de una orijinalidad que podria calificarse  
de *coja*, pero que no carece de encantos.

En el número de las combinaciones que, con mejor resulta-  
do, varían el aspecto de un vestido princesa, pues no es otra  
cosa lo que se busca, debo citar la siguiente:

Prolónganse los delanteros de una manera notable, para re-  
cojerlos en las costuras de lado, ora con pliegues regulares,  
ora con varias líneas de fruncidos.—Este último sistema de-  
berá tenerse en consideracion para los vestidos de lienzo, pues  
pasando unos cordones por los fruncidos o jaretas, se podrá  
extender fácilmente la tela para el lavado i planchado. Los  
laditos de los delanteros, bajo los cuales se pierden las costu-  
ras de estos últimos, pueden convertirse en una especie de  
*quillas* que, por su guarnicion especial, revestirán un carác-  
ter de independencía de mui buen efecto. En cuanto al cen-  
tro de la espalda, dándole un largo suficiente, puede recojer-  
sele en *poufs* sucesivos, mui poco abultados i sostenidos con  
lazos, o bien plegarle de arriba abajo, cortando los pliegues  
de trecho en trecho con tiras de galon.

Otro modelo en extremo elegante i de los mas adoptados,  
consiste en hacer un peto largo de tela de seda, pongo por  
ejemplo, de faya verde musgo. El centro de la espalda, de te-  
la igual, llega solo hasta la cola, la cual, así como el resto del  
traje, es de lanilla nevada color gris con puntitos verdes. Los  
delanteros i los lados van recojidos en pliegues regulares, fi-  
jados mas abajo de la espalda, ántes de pegar la cola. Los la-  
ditos de la espalda quedan independientes para servir de ban-  
das en último término. La cola va primero cosida en las mis-  
mas costuras de los delanteros cuyo largo completan, i des-  
pues plegada i montada bajo la espalda. Un volante tableado,  
de faya, termina el vestido por abajo, i los contornos de este  
volante van recortados en puntas almenadas. Un fleco de seda  
i lana, del color de ámbas telas, rodea los laditos de la espalda  
convertidos en bandas, que se anudan con gracia sobre la cola  
formando un magnífico lazo. Una vez concluido este traje, es  
imposible comprender el secreto de su corte i confeccion, a  
no ser que se tenga entrada libre en lo que podíamos llamar  
los bastidores de la moda.

I para terminar con el traje princesa i con las colas suple-  
mentarias, advertiré que existen dos modos de ponerlas: como  
acabo de explicar, o bien con un paño de muselina o de la  
misma tela, que se monta sin pliegues ni fruncidos en la cinta  
del talle. Esta última disposicion es preferible en ciertos ca-  
sos, sobre todo cuando las telas son pesadas. Hai que adver-  
tir igualmente que para dar mas gracia i aderezo a las colas  
de los vestidos, se aplica por debajo un abanico de muselina o  
linon grueso i fuerte, formado con anchos pliegues, cuyo aba-  
nico va montado en el punto en que la jareta estrecha la falda.  
Esta es una excelente innovacion, que me complazco en men-  
cionar, porque preserva el bajo del vestido: todas las señoras  
deberian adoptarla. Nótese que el abanico en cuestion no tie-  
ne nada que ver con el falso o el tablado *balayense*, indispen-  
sable hoi en todo traje de vestir.

No hai que echar en olvido, por parte de las señoras jóvenes  
i de las señoritas, el éxito creciente del traje breton. Ya en  
otro artículo he indicado la tendencia de todos los corpiños  
a semejarse al corpiño tipo, verdadero breton. Por lo jeneral,  
abren en cuadro sobre un peto igual plegado o sobre un peto  
de otra tela, la misma que constituye los adornos. En verano,  
este peto alto de tela se reemplazará con muselina adornada  
de entredos, con crespon liso cortado tambien de entredoses,  
o con petos de batista cruda, bordada al pasado en color, o al  
plumetis, en blanco, i otros caprichos creados por la invencion  
i la coquetería. Con los vestidos mui lijeros, de riguroso ve-  
rano, el peto será de muselina cubierta de un plegado que for-  
mará conchas, i de cocas de cinta que irán confundidas con el  
plegado.

En la Exposicion de Bellas Artes, donde los mártes i los  
viérnes se celebra un verdadero concurso de elegancia, he no-  
tado considerable número de bandas de los colores del vestido.  
Se las anuda con descuido por delante, o bien se las dispone  
en pliegues mui apretados contra la cintura, i se la encierra  
en un lazo de cinta que forma anillo. Esta última disposicion  
es sumamente graciosa.

Como la lencería es cada vez mas elegante, hai que ense-  
ñarla: de aquí resultan los vestidos abiertos i las mangas se-  
mi-largas. Por la misma razon, i por una consecuencia mui  
natural, el confortante largo vuelve a estar de moda. Ademas  
de los confortantes de seda negra o blanca, tengo que presen-  
tar a mis lectoras el confortante de encaje fino. Los que he  
visto son de una delicadeza sorprendente: se los tomaria por  
telas de araña.

No hai que preguntar, despues de esto, por qué los braza-  
letes de oro, serios o caprichosos, lujosos o sencillos, se llevan  
tanto. La moda los ha jeneralizado hasta el extremo de que  
hasta la mas modesta operaria lleva diariamente dos o tres  
pulseras. Pero ¿cómo resistir, cuando las hai doradas que solo  
cuestan 50 céntimos!

V. DE CASTELFIDO.

## VARIEDADES.

### El sombrero de Bolívar.

(De *El Constituyente*.)

El libertador era fastuoso i soberbio.

La pompa lo enajenaba.

Era la antítesis de San Martín, que jamas se resignó a  
pasar bajo los arcos triunfales.

El jenio de Bolívar se dilatava en otros espacios i flo-  
taba por otras corrientes.

Jovial en la intimidad, ameno en el trato, elocuente,  
decidor, chispeante, el hombre social desaparecia total-  
mente en las situaciones públicas.

Amaba tanto a la gloria como a la glorificación.

Los arranques de la jenerosidad i los vértigos del  
egoismo personal llenaban su alma.

Hacer de San Martín un Augusto seria imposible.  
Hacer de Bolívar un Cincinato seria doblemente impo-  
sible.

Decíamos que el hombre social desaparecia en presen-  
cia de los actos públicos.

Es verdad.

Cuando se anunció su entrada a Lima, se dispusieron las mas brillantes solemnidades.

El pueblo lo esperaba entusiasmado e impaciente.

Las masas se precipitaban en inmensos grupos para verlo.

La guardia nacional i los cuerpos de guarnicion formaban en alas en los afueras de la poblacion.

Bolívar, de grande uniforme, venia acercándose a la ciudad de los vireyes a la cabeza de su ejército.

Venia embebido en la línea que formaban los jenerales de su estado mayor.

Conversaba familiarmente, reia con todos, referia anécdotas llenas de espíritu con el mas plácido abandono.

Este hombre extraordinario tenia como nadie, el talento de la conversacion.

Cuando llegó a la altura de las primeras hileras tendidas para recibirlo, picó su caballo i se adelantó para destacar su figura de la línea de los jefes.

El jeneral La-Mar, por una distraccion involuntaria, no se alineó con sus compañeros.

En el acto le dirigió Bolívar una mirada de reproche, diciéndole con voz altanera:

—Jeneral, atras....!

El modesto La-Mar casi confundido, detuvo su caballo.

Algunos dias mas tarde, tuvo ocasion de reparar aquel raptó de orgullo, haciéndole una ovacion él mismo a su virtuoso amigo.

La-Mar era uno de sus cabos mas predilectos i mas queridos.

Bolívar podia resignarse mas a compartir la gloria que la espectacularidad.

\* \*

Otra vez era en un baile.

Uno de sus oficiales se permitió invitar a bailar un wals a una señorita que, a la sazón, obsequiaba el libertador.

Bolívar llamó a Sucre i le dijo algunas palabras en voz baja.

Cuando terminó el malhadado wals, el ilustre jefe del estado mayor se acercó al oficial.

—En el instante parte usted conduciendo a su destino estos pliegos urgentes.

—¿En el acto, mi jeneral? preguntó el oficial.

—Sin perder un momento.

El precio de un instante venturoso costó al galante soldado un galope de treinta leguas por entre riscos i montañas.

Era conductor simplemente de un oficio ordenando a un prefecto de departamento que hiciera preparar quinientos pares de herraduras para los caballos del ejército.

A esta contrariedad del mensajero debe agregarse otra, i es que habia perdido infortunadamente la cena.

\* \*

Llegó su turno a Monteagudo.

El libertador asistia a un gran banquete que le ofrecian las autoridades de Lima.

El séquito de Bolívar era numeroso i brillante.

Estaban con él las figuras mas grandes de la guerra de América.

A su derecha iba Monteagudo, uno de sus ministros.

Al entrar en el suntuoso salon, el jeneral Bolívar se sacó su sombrero con plumas, i lo tendió a Monteagudo...

El altivo ministro dió un paso atras. La sangre coloreó su rostro opaco. La indignacion se reveló en sus ojos; i señalando con el dedo, exclamó con intencion marcada.

—A ver un edecan de su excelencia que le tome el sombrero!!...

Todo el mundo notó ese arranque espontáneo del orgullo.

Bolívar devoró esa protesta elocuente de la dignidad republicana.

Monteagudo, que no cedia a nadie su altivez, ocupó su asiento de honor en el banquete, donde hizo oír su voz dantoniana en honor de las glorias de América i en honor del gran candidato colombiano.

El hermoso mulato tucumano, predestinado por el jenio a servir el apostolado de la revolucion, se mostraba así digno de su temple:—admirador ferviente de la grandeza cívica, pero celoso de la dignidad propia.

Por mucho tiempo se atribuyó a Bolívar el asesinato de Monteagudo.

Nadie ha podido justificar esa version, con que se ha pretendido empañar el lustre de un hombre inmortal.

Los propagandistas suspicaces recordaban la escena del sombrero. Recordaban otras.

No se ha hecho jamas la luz sobre aquel delito consumado entre sombras.

Monteagudo hacia vida galante en Lima. Quizá el puñal de los celos apagó aquella vida.

Su historia es rica en los anales de la revolucion americana, i plumas felices la han bosquejado.

Del temple de su carácter da una rápida idea el lance del sombrero que dejamos narrado.

### Oríjen de algunas flores.

La rosa es orijinaria de Oriente.

La flor de lis crece a las orillas de los arroyos de la Suiza. Los libros sagrados la presentan siempre como símbolo de pureza.

Las lilas traen su oríjen de Persia. Fueron de Constantinopla a Francia en el reinado de Luis XIV, por Noite, su embajador.

Este mismo llevó el tulipan.

El eliotropo vino de Méjico.

La camelia, de la China: se dió a conocer en Europa hace mas de sesenta años, por el padre Camelin, de la Compañía de Jesus. La mejor camelia es la que existe en Caserta, sitio real de Nápoles: tiene diez metros de altura.

La rosa de Bengala i la hortensia se trajeron a Europa por lord de Macartemy. La primera hortensia que se vió en Paris, fué la de la emperatriz Josefina: se didicó a su hija la reina Hortensia, i tomó su nombre.

La dalia fué de la América del Sur. Hase treinta años se llevaron a Paris las primeras cimientes. Las primeras flores fueron sencillas, pero con el cultivo i el cuidado ha llegado a ser una de las mas bellas de los jardines de Europa. A pesar de los esfuerzos de los horticultores, ni el tulipan, ni la dalia, ni la camelia, han podido tomar el color azul.

El jazmin es orijinario de Arjel.

### A LOS SEÑORES AJENTES

#### DE PROVINCIA

Que hasta la fecha no hau remesado ninguna suma por suscripciones o venta de *La Mujer*, me permito advertir que, si en el intervalo comprendido entre la aparicion de éste i el subsiguiente número, no remiten a esta administracion los valores de las suscripciones vencidas o anticipadas, me verá en la dura necesidad de suspender la remision del periódico.

Advierto asimismo a los señores suscritores por trimestre de esta capital i de provincia, que el 19 de agosto actual termina el tiempo por que fueron abonados.

EL EDITOR.

Folletin: hasta el próximo número.